

Cuando un niño a quien nadie quiere se juega su destino en una tarde - ESD

[ESD elsemanaldigital.com/movil/articulos.asp](http://esd.elsemanaldigital.com/movil/articulos.asp)

LA VIDA EN TODA SU CRUDEZA

Cuando un niño a quien nadie quiere se juega su destino en una tarde

Carmelo López-Arias

"La casa en París" es la mejor novela de Elizabeth Bowen, una soberbia incursión en la mentalidad infantil cuando ésta percibe que el futuro, como el pasado, se labra a sus espaldas.

Pre-Textos ya había publicado de **Elizabeth Bowen** (1899-1973) *Siete inviernos*, y continúa con *La casa en París* divulgando la obra de esta autora dlinesa, nacida de padres protestantes en la Irlanda católica, colaboradora del espionaje británico durante la Segunda Guerra Mundial, y no precisamente fiel a su marido: su biógrafa, **Renee C. Hoogland**, desvela aventuras tanto con hombres como con mujeres, a pesar de lo cual el matrimonio se mantuvo en pie hasta la muerte de él.

Una vida, pues, agitada y tormentosa que deja su huella en esta *The house in Paris* de 1935, que arranca con el encuentro puntual de dos niños, Henrietta y Leopold, en la mansión de la señora y la señorita Fischer, donde sólo pasarán una tarde.

Ella va camino de casa de su abuela. Él espera la llegada de su madre, a quien no conoce porque fue dado en adopción poco después de nacer. En la primera parte **Bowen** presenta la relación entre los pequeños, introduciendo al lector en una trama cuyo sentido al principio se le escapa. La segunda parte nos conduce al pasado, al momento en el que la madre de Leopold, Karen, vivió unos amores y tomó unas decisiones que acabaron trayendo al mundo a su hijo para luego abandonarlo. Aquí comenzamos a ver claro: la autora va suministrando información y comprendemos por qué esa tarde se juega el destino trágico del niño. Por último, ya sin que podamos soltar el libro de las manos, llega en la tercera parte la hora decisiva para Leopold, ese momento que marcará un cambio de rumbo en su vida sin que él tenga apenas arte ni parte, incapaz por su edad de comprender por qué los adultos actúan como actúan.

"Para ti, no existe la posibilidad de tener a alguien que te quiera", espeta la decrepita señora Fisher a Leopold al darle razón de su existencia. Pocas personas serían capaces de asestarle a un niño semejante golpe. Pero en *La casa en París* asistimos desde el principio a una trama en la que los pequeños se someten a escenas y decisiones que les superan por completo. **Bowen** es maestra en penetrar la psicología infantil ante situaciones que no pueden comprender ni sopesar, mediante el recurso de que Henrietta y Leopold hablen de ellas con madurez impropia. No nos imaginamos a dos niños *hablando* así, pero sí *sintiendo* así, y parte del encanto de esta obra es que la autora canalice la expresión de esos sentimientos a través de diálogos sorprendentes.

Bowen quedó huérfana de madre a los trece años, y quizá esa triste ausencia se refleja en *La casa en París*. Las tres figuras de madre –la señora Fischer, la madre de Karen y la misma Karen–, aunque enormemente distintas, son conflictivas, y casi despiadadas con sus hijos. También los adulterios de **Elizabeth** parecen haberla familiarizado con los triángulos amorosos, como el doble e incluso triple que protagonizan Karen y la señorita Fischer, y que está en el origen de todos sus problemas.

La casa en París es una maravilla formal de conducción del argumento: desconcertante al principio, jugando al despiste incluso mediante algún aparente cambio de narrador, y con un estilo rico, poderoso en las descripciones físicas, implacable con la sucesión de personajes atormentados, que recorren los escenarios inglés, francés e irlandés donde se resolverán sus vidas interfiriendo unos en la de otros hasta extremos desesperantes.

Es de esas novelas que uno deposita en la estantería con la certeza de volver sobre ellas antes o después, a la búsqueda de matices nuevos y para poder reflexionar con calma sobre algunos pasajes, plenos de sugerencias, que se leyeron de prisa en la primera lectura con el ansia incontenible de conocer el desenlace.